HISPANIA.

-N.º 15. - 30 SETIEMBRE 1899

HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

Número proyectado y dirigido por D. CARLOS VÁZQUEZ

SUMARIO

PORTADA, por C. Vázquez.— CACERÍA, por A. Odry.— DOS ÉPOCAS, por Manuel del Palacio.—RETOZOS PRIMAVERALES, por E. Sala.— LA GLORIETA DEL DELFÍN, por C. Vázquez.— EN LA CORTE DE LUIS XV, por C. R. y Salamero; ilustración de D. U. Vierge.— BATALLA DE NIEVE, por C. Vázquez. EL VIUDO SIN CONSUELO, por R. Casellas; ilustración de Vierge.— LA LECHERA DEL CUENTO, por C. Vázquez.— EL PRIMER PASO, por Bruyneel.

A. ODRY.— CACERÍA

DOS ÉPOCAS

Ostentando por divisa
algunos *reales* de plata,
la historia de *sus amores*
publicó Villamediana.
Y, verdaderos ó falsos,
pues no es cosa averiguada
y, aunque lo suponen muchos,
el que lo sabe lo calla,
motivo fueron bastante
á provocar la venganza
que por mano de asesino
tomó mano soberana.
Y el presumido poeta,
de su dicha haciendo gala,
vino á pagar con el cuerpo
satisfacciones del alma.

Otro rey hubo más tarde,
cuarto también de su raza,
en situación parecida
y á todas luces más clara.
Sin ser poeta ni conde,
ni más que modesto guardia,
alguien, de la esposa dueño,
llegó á gobernar la casa.
Hizo y deshizo á su antojo
leyes, guerras, alianzas,
y fué poderoso y grande
más que ninguno en su patria.
Y, cuando al destino plugo
perdiera cetro y privanza,
cayó sin gloria ni bienes,
pero abrazado á su dama!

MANUEL DEL PALACIO

E. SALA.—RETOZOS PRIMAVERALES

C. VAZQUEZ.—LA GLORIETA DEL DELFIN

EN LA CORTE DE LUIS XV

FRANCIA es la tierra clásica de las Memorias y Correspondencias. Ambos géneros de literatura reflejaron á maravilla el carácter nacional, y hoy, sin monarca ni corte, siguen representándolo igualmente que cuando Luis XIV se consideraba como el estado mismo y lo era en realidad. La gente palaciega no podía ser tachada de holgazana, puesto que cortesanos fueron los autores de innumerables volúmenes que acaso no acertaran á componer las más laboriosas academias.

El duque de Luynes ocupábase en Versalles, hacia el promedio del siglo XVIII, en narrar día por día las gestas de Luis XV y de sus servidores con la minuciosidad del que ama su oficio y en él se complace, y algo también con el cuidadoso esmero de quien escribe para la posteridad, siquiera fuese á título de documentación, aun cuando él creyera que de admiración hacia su soberano ó más bien hacia su ídolo. Abarca su trabajo diez y siete volúmenes compactos. El duque de Luynes representa en el reinado de Luis XV lo que Argemon y el abogado Barbier en el de Luis XIV, lo que el admirable Saint-Simon en los veintitrés años que comprenden sus Memorias; pero, así como éste se expresó con el vigor intenso del escritor de raza, la pluma del de Luynes se desliza por el papel sin aventurar más que juicios velados y tímidos, indicio cierto de una naturaleza endeble, á la cual *su* Señor mete miedo. Pero, aun cuando se detuviera en los objetos, retrató, sin querer, las almas que en la corte de Versalles pasaban deleitable vida, sin adivinar la próxima tormenta. Aquellos hombres, como su cronista, pensaban que sus insignificantes acciones habían de convertirse en seculares é imperecederas.

Si deseamos saber cómo eran recibidos en palacio un embajador ó una embajadora, Luynes nos lo dirá sin omitir ni siquiera el vuelo de una mosca, si por ventura se interpuso en la ceremonia. Si apetecemos conocer cómo aquellos personajes se movían en el tablero cortesano, nos describirá sus menores gestos y actitudes.

Trátase de la recepción de una dama, y el duque escribe: «Madame de Luynes hizo una reverencia á la reina y luego á las damas que la rodeaban; enseguida recibió á Madame Zeno, esposa del embajador de Venecia, en el exterior de la cámara; después se saludaron, cumplimentaron y besaron, penetrando en la cámara de la soberana. Madame de Luynes iba delante y á la derecha, seguíala la embajadora, y tras ellas iba el Señor Saintot (introductor). Así que Madame de Luynes se hubo acomodado, la de Zeno inclinóse de nuevo ante S. M. en medio de la cámara, y, ya tocando á la reina, besó el borde de su vestido, haciendo la cuarta reverencia y un rápido cumplimiento. Pasados algunos minutos, llegó el rey por un salón que sirve á la reina de gabinete. Madame Zeno se levantó, todas las demás damas hicieron lo propio, y aquélla hizo dos ó tres reverencias, durante las cuales el rey se adelantó, después de haber saludado al entrar, y la besó en una mejilla solamente. Madame Zeno se inclinó de nuevo. El soberano volvió á su cámara por el camino donde viniera, y la señora embajadora hizo las mismas reverencias que

al entrar, pero después de la segunda se dirigió á las damas: la tercera la hizo en la puerta.»

Una indisposición repentina acometió en cierta ocasión al monarca, quien se vió obligado por ella á pasar la noche en el gabinete, en vez de dormir en su alcoba. El rey pide un sopicaldo, y esta diferencia de lugares en el absorberlo ocasiona un cambio en la etiqueta, que el duque consigna por el tenor siguiente: «Á las siete de la tarde S. M. tomó un poco de pan con el caldo. Todo aconteció del propio modo que si hubiese comido en su cuarto, con la diferencia de que cuando comía en él entraban todos al mismo tiempo que la mesa: los demás días sólo algunos entraban al principio, luego se cerraba la puerta, pasados algunos instantes volvíase á abrir, y todo el mundo se metía dentro.»

Iguales modificaciones acarreaba cualquier acto de Sus Majestades, ya fuese devoto ó puramente palaciego, público ó particular. Cuando la reina comulgaba, en el templo contemplábase la simetría admirable de taburetes, cojines y tapices. Si el rey asistía á vísperas, éstas no se cantaban sin preceptos rigurosos y al acaso, que en el oficio divino también se imponían las variantes: «Cuando el rey oye desde el coro los religiosos cánticos, los cantores están abajo, y al contrario», escribe el cronista.

La etiqueta llega á infiltrarse hasta en el espíritu de los más humildes funcionarios de la casa real. Así lo acredita la querella surgida entre los encargados de cuidar los muebles y los que conservaban los tapices: el lecho, el sofá y las sillas del dormitorio permanecían cubiertos de polvo días y días, á causa de que se disputaban el derecho de sacudirlos los criados y los individuos del guardamuebles.

Una de las cuestiones más graves y complicadas era la referente á la entrada en las habitaciones del rey, las cuales eran *familiares*, *solemnes*, *primeras* y *entrées de la chambre*. Las familiares se verificaban en los momentos en que el soberano al despertar permanecía todavía en el lecho. Entradas solemnes se llamaban las de los primeros gentilhombres de cámara, y acontecían cuando el rey acababa de levantarse. Eran primeras recepciones las en que el rey vestía el traje de mañana. Por último, para la *entrée de la chambre*, el rey se sentaba al tocador y así recibía á los cortesanos.

Los pormenores trascendentales se amontonan en las Memorias del duque. Ejemplo: «La reina se medicinó el jueves por precaución. La ciudad de Versalles envió al siguiente día á un funcionario municipal para informarse de su salud, según costumbre.» «La reina se bañó ayer en las habitaciones del rey.» «El rey ha dado, de aguinaldo, á la reina una muy linda caja de rapé.» «La reina hizo que le sacasen una muela en la noche del 13 al 14.» «Ayer vino Caperón, el dentista, para arrancar al Señor delfín un diente de leche.»

La revolución acabó con el refinado público á quien las Memorias de Luynes iban dirigidas. Hojeando las minuciosas páginas del libro, por todas partes se encuentran indicios de una sociedad agonizante, y se contempla con tristeza el abismo en que se hundieron los descendientes de la corte varonil de Enrique IV.

C. R. y Salamero

C. VAZQUEZ.—BATALLA DE NIEVE

EL VIUDO SIN CONSUELO
Ó
LA ENFERMA POR ENCARGO

El respetabilísimo marqués de La Tabatière, señor grave y ponderado aun entre los que habían alcanzado los majestuosos tiempos del Gran Rey, estaba aquejado por profunda pena desde el día que perdió á Clorinda, la más adorable de las mujeres, la mitad de su corazón. Caballero chapado al antiguo régimen, era de los pocos que habían seguido la tradición de amar á la mujer propia en medio de aquella corte voluptuosa y alegre de Madama Pompadour, en que el amor casero parecía ridícula antigualla ó vergonzosa debilidad.

¡Cuánto había sufrido el buen marqués durante la enigmática enfermedad de su esposa idolatrada!... Una de esas dolencias, lentas, pertinaces y al propio tiempo misteriosas, ante las cuales el médico más conspicuo no sabe qué decir ni qué ordenar... Se había consultado á los más ilustres doctores de París, se había llamado á los más famosos de Montpellier... y todos quedaban indecisos, perplejos, desorientados, á la presencia de la incomprensible enferma, que iba palideciendo lentamente como si perdiese la sangre gota á gota por un desgarro invisible. Poco á poco se marchitaron las mejillas de rosa, paso á paso se nubló el cielo azul de los ojos, se fundió á la postre el poderoso seno de nieve... y un día la adorada Clorinda falleció silenciosamente, sin que nadie pudiera asegurar de qué moría...

La Tabatière pareció volverse loco. Rehuyó los consuelos de la amistad y la compañía de los deudos. Á solas con su dolor, se encerró como en un claustro en la cámara de su esposa, soñando noche y día junto á aquel lecho de muerte que había sido por tantos años el nido de sus amores.

—¡Clorinda amante!... ¡Clorinda querida! ¡Clorinda de mis pensamientos! ¡Clorinda de mi voluntad!... — iba salmodiando por lo bajo, como si rezase una amorosa letanía.

* * *

Los amigos llamaban en balde á la puerta del marqués. Inconsolable en su pesar, se negaba á la solicitud de cuantos le aconsejaban la panacea de las fiestas, las jiras y los saraos como medicina para su aflicción. Mas los camaradas insistían, impelidos acaso por el cariño, ó acaso empeñados en desvanecer un ejemplo de póstuma fidelidad que parecía casi monstruoso en aquel mundo seductor de petimetres y preciosas. El viudo se resistió, se resistió cuanto pudo á aflojar la clausura de aquella religión de sus recuerdos... y todo lo más que hizo, andando el tiempo, fué salir en carroza á las horas silenciosas del crepúsculo y pasear su melancolía por las avenidas más solitarias de Versalles.

Pero quiso el azar que por aquellos días se conmoviera la Corte toda con la noticia de una comedia nueva, *Las virtuosas perseguidas*, de la que se hacía lenguas todo el mundo y que debía estrenarse en el teatro de Madama. El bullicioso acontecimiento llegó á turbar con su resonancia la misma soledad dolorida del marqués. El melancólico señor hasta se vió invitado á la fiesta por el propio autor de la obra, el ingeniosísimo abate De Belcour, inseparable compañero de sus harto remotas mocedades. La Tabatière se resignó á asistir al espectáculo como quien se resigna á un sacrificio.

Cuando, la noche del estreno, penetró el afligido viudo á la fastuosa sala de comedias, chispeaba en toda su deslumbradora brillantez el enjambre de mujeres alegres, de

filósofos galantes, de abates adamados, de poetas eróticos, de políticos distraídos, de artistas académicos y cortesanos ingeniosos que constituían el divino séquito de Luis y de Madama. La visión de tantas beldades congregadas en torno del monarca y de su dulce amiga no logró, sin embargo, subyugar ni por un momento el ánimo del marqués. Al espectáculo de las hermosuras que tenía ante los ojos, espléndidas en su semidesnudez, radiantes de voluptuosidad y juventud, se sobreponía la imagen muriente de la mujer querida, esbelta y frágil como un tallo de azucena, pálida como la luna, lánguida como un desmayo...

* * *

Como la comedia tampoco conseguía interesarle, el marqués salió del salón, dirigiéndose á los solemnes jardines que rodeaban el teatro, como quien busca refugio en la soledad para saborear libremente sus recuerdos.

Pero apenas había dado unos pasos por las rectas avenidas de recortados follajes... cuando de pronto surgió ante su vista una extraña aparición que le dejó confuso y palpitante. ¿Era realidad? ¿Era alucinación? Mas ¿cómo podía ser quimera aquella mujer que tenía enfrente, iluminada por la luna y ofreciéndose como una reproducción exacta, como una copia fidelísima de la mujer llorada? Estaba abatida, triste... Iba envuelta en los encajes de un gran manto que la resguardaba del relente de la noche... Tenía la actitud de quien entretiene el tiempo mientras espera... Parecía soñar, soñar, con los ojos perdidos en la inmensidad del cielo... Y ¡ qué semejanza con Clorinda ! Los mismos ojos murientes... la misma languidez de desmayo... la misma palidez de flor marchita...

El marqués no pudo contenerse.

— ¿ Eres tú, amor mío ? — balbuceó con ronca voz.— ¿ Eres tú ?

— ¡ No, señor ! — replicó el lánguido fantasma. — Sin duda me tomáis por otra, caballero.

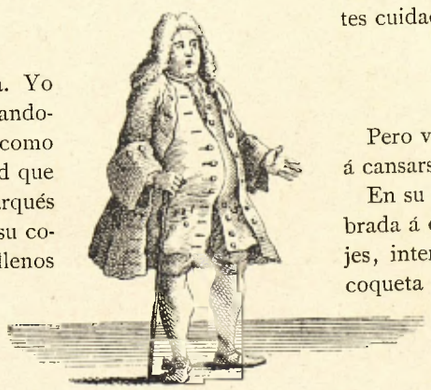
— ¡ Oh, no, no ! ¡ Tú eres Clorinda, la esposa de mis amores !

— ¡ Quiá, señor ! Yo soy madamisela Laura Bagatelle, la conocida actriz. En la comedia de *Las virtuosas perseguidas*, que se está representando, desempeño el papel de Tarsis, la niña vergonzosa que se consume y muere por no confesar su pasión. Pero como en el primer acto sólo tengo una escena, hacia el final, he salido á los jardines á respirar el aire fresco de la noche...

— Pues bien, Clorinda mía...

— ¡ Laura, señor !

— Laura ó Clorinda... lo mismo da. Yo ya no puedo vivir sin ti... y no me abandonarás. Serás mi Clorinda ó mi Laura, como quieras... ¿Verdad, amor mío? ¿Verdad que sí ? — suplicaba ardientemente el marqués mientras estrechaba á la joven contra su corazón y le quemaba el rostro con besos llenos de fiebre.



Al primer instante había creído la damisela que se las había con un loco, y estuvo á punto de gritar, pidiendo auxilio; pero... iluminada de pronto por un rayo de luz, tuvo tiempo de vislumbrar el suntuoso porvenir que se abría ante sus ojos si sabía mantener la ilusión del gran señor.

* * *

Desde el día siguiente al estreno de *Las virtuosas perseguidas* en el teatro de Madama, la bella actriz ya no representó la comedia para otro público que á solas con el marqués. Fuertemente posesionada del papel que se le destinaba, lo desempeñó á la perfección. ¿ No conocía al dedillo la famosa comedia de Molière *El médico contra su voluntad*, por haberle tocado muchas veces el papel de Lucinda ? Pues, en trance tan apurado, ella inventaría un personaje todavía más curioso, «el de enferma por encargo».

Dar á su señor la ilusión de una dolencia poética, matizada de languideces y desmayos, provista de alarmantes peripecias é interesante á todas horas por las alternativas de mejorías y empeoramientos, fué el entretenido programa que ideó la damisela para aquella serie de funciones á puerta cerrada. Puso todas sus artes refinadas de actriz y de mujer en conservarse exangüe, delicada, frágil, como la pálida figura de aquella pobre marquesa que murió sin saber de qué. Por medio de tocados larguidecientes y de trajes vaporosos, caracterizaba á maravilla aquel personaje ideal que debía ofrecer á todas horas la apariencia de una amante que agoniza.

La Tabatière rejuvenecía por momentos. Con aquella zozobra continua, con aquel complicado repertorio de medidas á tomar y de previsiones á atender, al buen señor se le figuraba haber vuelto á sus tiempos más dichosos.

— ¿ Cómo estás, queridita ?

— Me siento mejor.

— Me parece que estás mala...

— No creas, no.

— Te encuentro más ojerosa...

— Aprensión será.

— Mandaré por el doctor.

— Mañana ha de venir... Aguarda.

— ¿ Y si por la noche empeoras ?

— ¡ No !

— Sí.

— No...

Y, creyendo defenderlo contra la muerte, el marqués rodeaba día y noche á su tesoro de incesantes cuidados y minuciosas precauciones.

* * *

Pero vino un día en que la damisela llegó á cansarse de su papel sempiterno.

En su existencia de actriz estaba acostumbrada á cambiar incesantemente de personajes, interpretando hoy la niña ingenua y la coqueta mañana, ora la zafia, ora la presumida, unas veces la señorita, otras la moza del campo. Aquella variedad de papeles ahuyentaba la monotonía

de la vida. Pero representar siempre la enferma, vivir un día y otro recluída en casa, andar constantemente entre pócimas y tisanas, resultaba oficio triste, tan triste que no se podía soportar. Como se encontraba la chicuela tan fuerte y tan campante, al punto que volvía la espalda su señor ya estaba descomponiendo el ademán enfermizo y ensayando como una locuela las más graciosas figuras del minuet.

Así fué cómo una noche, Laura Bagatelle, aunque temiendo la desilusión que iba á producir al señor marqués, se decidió á hablarle clarito.

— Queridito de mi alma, ¿sabéis lo que acaba de declararme el doctor? Pues que, si quería ponerme bien, debía salir otra vez al mundo y gozar de la vida á mi placer. Conque, si deseáis mi salud y mi felicidad, ya sabéis lo que os toca hacer.

La Tabatière, lejos de mostrar desilusión alguna, como temía la muchacha, tomó aquella manifestación á quema ropa con gran filosofía, hasta encontró juiciosa la prescripción del doctor, dijo que por probar nada se perdía, llegando con sus aquiescencias hasta el punto de hacer sospechar á la linda Laura que, así como ella se había cansado de su papel de enferma, él estaba próximo á cansarse del de enfermero.

Desde aquel instante empezó para ambos una nueva vida. Adoptando otros trajes, apelando á otros tocados, sirviéndose de otros afeites, la damisela recobró el color, descubrió potentes formas como si volviese á la vida por arte de encantamiento. Del brazo del invencible marqués, que parecía haber vuelto á los mejores días de su juventud dorada, Laura se lanzó á una serie de locas correrías por los bosques de Fontainebleau y de Leonart. Sin darse punto de reposo asistían á las regias funciones de Versalles y á las cenas de última hora del Temple ó del Caveau. Y, como lucía las joyas más ricas y las carrozas más lujosas, la damisela llegó á ser una mujer á la moda.

Cuando los tortolillos entraban en un salón en boga, los comentarios y las anécdotas contadas á media voz interrumpían un momento el baile. Damas y caballeros cuchicheaban recordando la historia de la enferma por encargo. Y los hermosos bustos de carne se sonreían, y las pelucas blancas se inclinaban hasta el suelo, al ver pasar aquella singular pareja que representaba la victoria de la seducción, el triunfo de la galantería.

R. Casellas

C. VAZQUEZ.—LA LECHERA DEL CUENTO

BRUYNEEL.—EL PRIMER PASO

HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA

HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.

LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS

RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.

AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO